

La central telefónica:



1.906. Antonia Jornet Francés y su hijo Blai Silvestre Jornet - Toneta la de teléfonos y Blai el pintor – Foto Blas Silvestre Belda

El hecho de descolgar el teléfono de casa provocaba que se iluminara una luz-piloto y sonara un pequeño zumbador en la central telefónica para avisar a la operadora de que queríamos establecer una comunicación.

Nos hemos trasladado a los años 50 y 60 y el aparato telefónico más moderno de la época se limitaba a una base sin discos ni teclado, rematada por una horquilla en su parte superior, sobre la que se colocaba la pieza auricular-micrófono, unida ambas por un grueso cordón, forrado de algodón negro, que, conexión tras conexión, atravesaba paredes, escalaba fachadas y “funanbuleaba” entre postes hasta llegar, al fin, al conector “personal” que cada abonado tenía en la centralita.

Como ocurre con los teléfonos actuales el peso de dicha pieza mantenía prisionero al interruptor de la horquilla, con muelles en su parte inferior, que se liberaba al levantarla, provocando lo que técnicamente se llama “descolgar”.



Claro que la operadora podía estar ocupada o distraída y en muchas ocasiones necesitábamos llamar su atención. La mejor opción era accionar repetidamente el interruptor de la horquilla para que la lucecita y el zumbador se activaran de forma intermitente, causando un efecto de luz y sonido especialmente molesto e impertinente.

Semejante actuación solía provocar el malhumor de la operadora, que nunca entendía las prisas, pero funcionaba...

Este mecanismo de comunicación, que ahora solo podemos visualizar en películas antiguas cuando el actor descuelga el auricular y presiona repetidamente la horquilla del teléfono mientras repite enfáticamente “operadora, operadora..”, era el habitual en mi infancia, el que debía seguir cuando mi madre me encargaba “llama a tu padre y pregúntale si tardará mucho en venir a casa”, por ejemplo.

Disponer de un teléfono en aquellos tiempos no era un lujo que pudieran permitirse muchas familias, pero la mía, pese a que no éramos precisamente unos potentados, sí que disfrutábamos de semejante lujo.



A partir de esta secuencia de acciones, toda la magia de la comunicación, el vínculo inefable entre cada teléfono y el mundo exterior, el vehículo-transmisor de las preguntas y las respuestas, el canal de las angustias y de las soluciones tenía un nombre: “**Toneta**”

Toneta, que ya era mayor cuando yo era muy niño, era “la telefonista” de Bocairent.

Su morada, su “santa sanctorum”, era una planta baja del “Ravalet”, junto al “Casino d’els Rics”, justo donde ahora está situado el restaurante “L’alegre”.

Por cierto: Acabo de encontrarme en la calle a Rosario, “la del casino”. A sus 90 años está mayor y más consumida de lo que ya estaba de joven, pero todavía le queda una sorprendente lucidez y mucho brillo en los ojos, tras los que sigue asomando una parte de aquella gran energía que le permitía poner orden en el casino que regentaba con su hermana Angelita y

que manifestaba en el cine Avenida, cuando abroncaba a viva voz y con todas sus fuerzas a los malos, cuando trataban de seducir a “las chicas de la película”.

Una puerta de hoja amplia permitía el acceso a una sala sencilla con un cubículo a la izquierda, separado de la sala principal por un tabique con ventana de cristal, en el que se alojaban Toneta y su central telefónica. Este habitáculo tenía una ventana exterior desde la que se podía ver parte de la plaza del casino y, naturalmente, el ir y venir de los bocairentinos que por allí pasaban

La central estaba montada sobre uno de esos muebles de madera tipo piano, negro en su parte superior, adornado con letreros misteriosos y con varias filas de conectores.

En la parte central, en forma de mesa, sobresalían una serie de clavijas de varios colores, totalmente verticales, de las que pendían cables forrados de algodón con un contrapeso en la parte inferior para mantenerlos tensos, varias filas de conmutadores, un disco de marcación y un cable que conectaba la central con el casco de la operadora, equipado de auricular y micrófono tipo trompetilla.



Toneta, frente a la central, era todo un espectáculo que me fascinaba. Podía hablar contigo al mismo tiempo que atendía varias conversaciones de forma simultánea (“dígame”, “le pongo”, “dígame”, “la conferència amb València tardarà una hora com a mínim”, “ara la reclame”, “dígame”, “le pongo”, “díga'm”, “li pose”, “dígame”, “le pongo”, ...) conectando o desconectando un cable cada vez, accionando el interruptor que activaba el timbre del teléfono solicitado, o retirando uno de los conectores cuando la luz y el zumbador la avisaba de que alguien había “colgado” poniendo fin a la conversación.

Claro que de vez en cuando, algún interlocutor podía escuchar un “estate queta”, “aixó faltaba” o cualquier otra fase fuera de contexto en medio de una conversación oficial, pero Toneta se apresuraba a aclarar que estas salidas de tono no iban dirigidas al cliente con el que estaba conectado, sino a su nieta que no paraba de moverse por la habitación, o a una tercera persona con la que estaba hablando en vivo y en directo.

Todo muy natural y realmente inocente

La otra Toneta, la del “dígame” al otro lado de la línea, era una verdadera suerte para el pueblo porque, como comentaba anteriormente, no se limitaba a operar la central atendiendo a las solicitudes de los abonados, sino que practicaba una intercomunicación activa que la hacía actuar como una ayuda inestimable para lo sencillo y para lo complicado.

El sistema de centralita manual de aquellos tiempos no garantizaba más confidencialidad que la discreción de la operadora. Seguro que las “tonetas” de entonces se llevarían muchos secretos a la tumba como también es seguro que cometerían alguna que otra indiscreción aunque, en conjunto, proporcionaban un servicio inestimable a los abonados con los que compartían unos lazos afectivos que llegaba a la complicidad en el tratamiento de las peticiones.

Porque, para ella, detrás de cada clavija había mucho más que un número de teléfono. Sabía perfectamente quien era quien en el pueblo, sus horarios habituales, sus costumbres, sus familias y sus amigos e incluso sus problemas, hasta llegar a un nivel de información que ya quisieran para sí cualquiera de los “servicios de oficiales” de la actualidad.

La conversación con Toneta podía ser esta:

- *¿Vol posar-me amb casa de “tal”?*

- *El comunique...*

O esta:

- *¿Vol posar-me amb casa de "tal"?*
- *Si busques a ton pare ha d'estar en "el casino". Acabe de veure passar als dos*
- *o...." Si busques a ton pare està a casa "de tal". Ha cridat des d'allí fa un moment..*

O quizás esta:

- *Toneta: Vol posar-me amb casa de D. Bienvenido?*
- *Li fique*

Claro que de no contestar, si se trataba de un caso urgente se podía hacer la pregunta directa:

- *Toneta. ¿Sabe donde puede estar D. Bienvenido?*

Cuando se pedía una conferencia interurbana, con Valencia por ejemplo, Toneta tenía que conectar con su enlace más próximo, en este caso la operadora de Onteniente, que a su vez se la solicitaba a su enlace de "no se donde" hasta llegar a destino solicitado.

Naturalmente para cada uno de los enlaces era necesario tener una línea disponible por lo que una comunicación Bocairant-Valencia podía necesitar de 10 o 12 enlaces libres lo que, en circunstancias normales, podía darse cada dos o tres horas

Es de suponer que cada conversación "profesional" entre operadoras se enriquecería con algún contenido de tipo personal ("llevo un día...", "¿Cómo está tu hija?", "Hoy tenemos mucho trabajo porque han robado en una masía y..."...) creando un boca a boca que transmitía por la red (operadora-cable, operadora-cable,) lo más fresco de la actualidad.



Hablando con Luis Ferre de estas cosas me ha recordado que el caso de Agres, pueblo al que íbamos de tanto en tanto de excursión cuando éramos niños, era todavía más singular porque el local situado al pie de su famosa cuesta, albergaba los servicios de telefonía, correos y telégrafos, todo ello bajo la responsabilidad de su operadora titular

A Toneta la sustituyeron sus hijas María y Paquita y todo siguió igual hasta que un día, al pedirle que me pusiera con fulanito, alguien me dijo:

- *Número por favor.*

Esa frase lapidaria, impersonal, pronunciada tan profesionalmente por una persona que conocía perfectamente el número solicitado, el nombre del titular, el de su familia, y todas sus circunstancias, marcó un antes y un después de la telefonía artesanal.

Algo muy importante había cambiando

Parece que Telefónica estaba intentando reciclar a las operadoras para adaptarlas a las nuevas tecnologías. En realidad era una falacia cruel porque la tecnificación del servicio llevaría, inevitablemente, a la supresión de la mayoría de las operadoras rurales, incapaces de asimilar lo que se avecinaba.

Pero lo cierto es que nosotros continuábamos con nuestros teléfonos sin discos y las conferencias interurbanas tardaban las mismas horas. El único cambio real para el usuario fué

que debía buscar en una guía perdida por los cajones esos números que no recordaba porque nunca los había usado.

Y que, con la nueva medida, el entrañable “fulanito”, con nombres y apellidos, e incluso con apodo, se había convertido en un anónimo 222, pongo por caso, y yo, con toda mi familia, habíamos pasamos a ser el 119.

¡Que cosas!

Naturalmente sabíamos que los cambios tecnológicos traerían bienestar pero de momento, una de sus víctimas previsibles, la placidez en el trato y la solidaridad vecinal, había perdido una batalla de la que nunca se recuperaría.

Había llegado “el progreso” y, francamente, no sabía si alegrarme.

Años después, cuando las casas ya tenían instalados teléfonos “con disco”, recuerdo haber accedido, no recuerdo porqué, a la andana de Felipe “el llumenero”, que fue el responsable de actualizar las instalaciones de Telefónica en Bocairent, y me encontré con una pila de teléfonos sin teclado entre los que estaría, sin duda, uno con una etiqueta descolorida por el tiempo en la que la buena caligrafía de mi padre había escrito el número 119.

José Luis Martínez Angel

Empezado hace varios años, retocado en Bocairent el 29 de agosto de 2.009